

Asunción Galán de San Cayetano (1867-1901) - Fregenal-

María Antonia Valiente, madre de nuestra biografiada, natural de Montánchez (Cáceres) se casó con el viudo Justo Galán. Sólo llevaban cinco meses de casados cuando nació Asunción Justa, el 28 de mayo de 1867. Este nacimiento inesperado fue la causa de un rápido divorcio. Pero María Antonia, lejos de enmendar su ligera conducta fue ocasión de no pocas comidillas en el pueblo. A la pequeña Asunción la trataba con dureza, odiaba a su hija y en ella descargaba su fuerte temperamento.

Fue poco generosa la naturaleza con Asunción; poco agraciada en cuanto a su físico, creció con un cuerpo débil y enfermizo, y con un tumor tuberculoso del hueso frontal, al que cubría con una venda. La crueldad de María Antonia con su hija se hizo proverbial entre los vecinos de Montánchez, no se privaba de sus malos tratos ni ante testigos, así cuenta Inés Suárez como vio en una ocasión rodar a Asunción escaleras abajo tirada violentamente por su madre quedando luego

en tierra arrojando sangre por boca y nariz. La reacción de Asunción también llegó bien pronto a ser proverbial porque nunca se le oyó una queja, ni lograron arrancársela a espaldas de su madre, todo lo contrario, era extremadamente obediente a pesar de la arbitraria voluntad de María Antonia, únicamente sus lágrimas delataban su sufrimiento.

Sentía ya desde bien pequeña un atractivo por la piedad. Solía aprovechar sus salidas de casa, mandada por su madre, para pasar por la iglesia, lo cual en más de una ocasión hacía que se retrasara más de lo debido, lo que suponía rigurosos castigos. Hacia los 8 años ya se manifestaba en ella un atractivo por la soledad y la vida espiritual. Sin más maestro que la interior moción del Espíritu Santo, a esa edad practicaba ya actos de penitencia superiores a su edad, que ella se ingeniaba: garbanzos en los pies, acostarse sin cubrirse, disciplinarse con una correa... Su Madre la sorprendió algunas veces acostaba debajo de la cama. Aseguran que ya tenía un cierto aire de espiritualidad y atraía a sus amiguitas a las que ingenuamente hacía confidentes de sus secretos mostrándoles sus cardenales y diciéndoles: “¡Mirad...! ¡Como el Señor...!” Aseguran que con frecuencia les mostraba sus rodillas ensangrentadas, así como su cuerpecito con sangre y llagas.

Lejos de verse influenciada por los malos ejemplos de la madre fue precisamente la madre quien resultó tocada por la gracia ante la pertinaz bondad de su hija. María Antonia cada vez fue suavizando el trato con su hija, hasta llegar a quererla entrañablemente. En 1875 llegó la ocasión propicia para el gran cambio, con motivo de una Misión en el pueblo, dada por el P. Cardellar, misionero Paúl. Su conversión fue muy sonada, acudiendo a todas las celebraciones y dando muestras de verdadero cambio. Desde entonces y hasta su muerte fue diaria su Misa y sus abundantes prácticas piadosas. Para mantenerse abrió una escuela pública, acabando por tener el amor y la confianza de sus vecinos, hasta el punto de que el mismo Ayuntamiento le asignó una pensión decorosa.

También para Asunción la Misión fue ocasión providencial para encauzar sus ardores y acceder a la primera Comunión. El P. Cardellar no tardó en darse cuenta de la valía de la pequeña y le dió un método de vida en lo concerniente a oración, penitencias y formación de su espíritu, descubriéndole ya su vocación a una



vida consagrada y prometiéndole que llegada a la edad él le proporcionaría el instituto. Esto alentó no poco a Asunción que incrementó notablemente su vida de piedad. A los quince años, contra la costumbre del tiempo ya comulgaba diariamente. Se cerró a las confidencias que de niña brindaba a sus amiguitas, pero se sabe que paralelo al desarrollo de su vida interior iba su espíritu de penitencia, no dormía en cama, los cilicios eran frecuentes así como las mortificaciones en la comida. Oración y penitencia eran sus ideales.

El P. Cardellar murió mártir en Méjico cuando ella contaba 19 años. Asunción que confiaba plenamente en su promesa y viéndola truncada en el preciso momento en que tenía que hacerse realidad sabiendo al mismo tiempo que no disponía de dinero para una dote, empezó a estudiar música por si pudiera valerle para ingresar en algún Monasterio. El Arcipreste de Fregenal, paisano suyo, vino a saber sus deseos y dada la fama que Asunción gozaba en el pueblo él mismo la recomendó a las Agustinas de Fregenal, donde entró para organista.

Sola estuvo en su ingreso porque su madre estaba enferma en cama. El 22 de Julio de 1886 tomaba el hábito y el nombre de Sor Asunción Galán de San Cayetano. Su tiempo de noviciado fue una confirmación, en lo secreto, de su vocación a la oración y a la penitencia, aunque externamente no se distinguió de otras novicias fervorosas. Puntual en el cumplimiento de sus obligaciones, nunca tuvo la maestra que corregirle nada. Sin embargo sus progresos en la música resultaban bien escasos, se veía claro que no iba a poder desempeñar el oficio de organista. Pidió ser admitida como lega, pero la comunidad, con la esperanza de encontrar alguien que pagara la dote, le iban retrasando la profesión. Esta inestabilidad la hizo llorar a mares día y noche en el coro y en su celda. Por fin, a los dos años es admitida a la Profesión para hermana lega, profesando de solemnes el 6 de julio de 1888.

Tras el primer año de solemnes empezaron a acometerle una serie de enfermedades, a la vez extrañas y terribles, postrándola en cama sin más signo de vida que un leve quejido: vómitos de sangre, imposibilidad total de comer (la alimentaban con sueros), mal de corazón con fuertes arritmias, y frecuentes ahogos, provocándole unos ronquidos que resonaban por toda la casa, era frecuente la aplicación de morfina para contener sus dolores. En dos ocasiones le administraron la unción al darla por desahuciada. Con sus más y sus menos esta situación se prolongó por siete años. Sentía vivamente el mucho trastorno que su enfermedad ocasionaba. Quería sanar para poder cumplir su tarea de lega y con docilidad extrema realizaba las indicaciones del médico y de la Priora. Su madrina de profesión tomó a su cargo la alimentación de Asunción, mandaba al convento delicados manjares y todo lo que se veía más conveniente para su recuperación. En los breves tiempos que gozó de un poco de alivio en la enfermedad se entregaba con entusiasmo a sus tareas de lega, y sus hermanas certifican que resplandecían en ella todas las virtudes, aunque nunca se reflejaron en cambio signos reveladores de un espíritu extraordinario.

Pero en el espíritu de Asunción se estaba librando una gran batalla. Ella recordaba su niñez, juventud y los tres primeros años en el Monasterio, como tiempos en que a velas desplegadas vivía su ideal de oración y penitencia, pero estos años de enfermedad los vivía como un prolongado y creciente estado de tibieza. Porque estaba enferma, porque quería sanar, había ido cediendo a las exigencias de la carne, de ella en este tiempo dice el P. Diego Valencina, quien más tarde será su director “Ciertamente fue ingrata Asunción a los beneficios de Dios y a sus divinos llamamientos; pero no cometió esos ‘crímenes atroces’ de que se recrimina a cada paso. Es claro que entre la vida que llevaba antes de entregarse a Dios sin reservas y la que luego tuvo había una distancia inmensa. No fue, no fervorosa unos años, como ella dice, sino rutinaria y adocenada, con el agravante de desoír la voz de Dios que la llamaba a vida más perfecta. Pero con ser aquella época de su vida poco recomendable, fue su mayor acicate y lo que más le hizo humillarse, temer y esconderse.”

Perdidas todas las esperanzas de sanar, en sí misma y a solas libró la última batalla, si igual tenía que morir mejor hacerlo en fidelidad a la gracia, y por fin tomó la gran decisión: “Quiero servir a Dios aunque sea a punto de lanza. Cuéstemelo que me cueste, murmure quien murmurare, quiero ser santa. Todo lo puedo en Aquel que me conforta”.

Marchó al confesor y le contó sus batallas y su determinación, pero al decirle al pormenor su nuevo programa de cilicios, disciplinas, ayunos, dormir en el suelo y pasar las noches en oración, la negativa fue total, no por el “programa” en sí sino por la salud. No se arredró y fue a su priora con las mismas explicaciones, súplicas y “programa”, la respuesta fue similar: si contara con más buena salud sí, pero en sus condiciones imposible. Ella entendió que su negativa estaba condicionada por la salud, así que se determinó a realizar una

prueba clandestina, durante un mes se entregó a rigores espantosos y la mejoría de su salud fue muy notable, lo comunicó a la priora y al confesor y ante la evidencia el beneplácito de ambos fue inmediato. Por éste tiempo (1898) tuvo la comunidad sus ejercicios espirituales que le sirvieron a Sor Asunción para más “organizar su plan”. Lo que más le costaba era el respeto humano ante lo que supondría en comunidad su cambio de vida, pero entendió claro que no debía esperar a que lo notasen, mejor salir al paso y manifestarlo a las claras: un día de ejercicios se tumbó ante la puerta del refectorio atada de una soga por todo el cuerpo, para que las hermanas pasaran por encima, este acto fue el punto de arranque de su nueva vida.

Cifró su ideal de santidad en tres puntos: Cumplimiento de sus deberes, oración y penitencia.

En el cumplimiento de sus deberes tenía tres puntos de referencia: la Regla, las Constituciones y sus obligaciones como lega. Las hermanas atestiguan hasta qué punto aquel esqueleto andante que llegó a ser se arrastraba para llevar a cabo sus oficios en la cocina, con qué diligencia servía a las enfermas y se entregaba a todos los trabajos.

En lo tocante a la oración en su “programa” señalaba el aprovechar todos los ratos sobrantes para ir ante Jesús Eucaristía, como mínimo 3 horas de oración (en realidad realizaba 10 horas o más), al día 100 actos de amor, diariamente el Viacrucis y una noche sí otra no quedarse en vela ante el Sagrario. Los ejes de su oración eran la Eucaristía, la Pasión, los beneficios de Dios y los pecados propios y ajenos.

En cuanto a penitencias sus armas fueron los cilicios (día y noche llevaba 9 desde las piernas hasta la cabeza), las disciplinas (dos diarias), los ayunos (ayuno de carne y 3 días a pan y agua, que luego fue su alimento permanente) dormir en tierra (sobre dos esteras y al final sólo dos horas diarias).

A pesar de todo ésto, nunca creyó cumplir más que imperfectamente su obligación como esposa del Crucificado.

Una vida tan poco ordinaria y tan contra corriente precisaba de un director que no rallara en lo común, el hombre providencial fue el P. Diego Valencina, este sabio capuchino lo primero que hizo fue tentar su espíritu, descubrir los designios de Dios y calcular sus fuerzas. Pronto se dió cuenta de que iba a tener que seguir un criterio sobrenatural pues en su dirigida estaba la mano de Dios bien patente (en una ocasión que para probarla le suspendió todo su “programa” le acometieron inmediatamente todas sus antiguas enfermedades hasta el punto de creer que se les moría).

Podríamos imaginar que a Sor Asunción de San Cayetano le brotaban espontaneos y sin gran esfuerzo estos “extremismos” en su entrega al Señor, pero en su correspondencia con el P. Valencina se hace patente a qué puntos llegó su lucha consigo misma: “En estas penitencias disfruto y tengo mis delicias. Esto es en el alma y el espíritu, que el maldito cuerpo no quisiera nada... Le pondré la resistencia de este miserable jumento, que dice que lo traigo a mal traer, que le doy peor vida que le dan los que tienen cautivos los bárbaros, que Dios no quiere eso, que lo estoy matando y que por lo tanto ni V. R. ni yo tenemos facultad para ello... Es tal la repugnancia del cuerpo al pan seco que se echa a temblar... He pasado por una más que terrible lucha por estar de matanza (de los cerdos) y tener que guisar todas las comidas y más particularmente por tener yo pasión por las cosas de matanza, como buena extremeña, y tener que hacer todos los fritos de lomo y demás, el demonio me decía que todos los días no son iguales, que comiera como todas y no me hiciera tan singular, a pan y agua, que eso es para los que estaban en los desiertos no para los que viven en Comunidad. Y esto mismo me hacían ver las monjas, diciendo lo mismo...” En estos momentos en que casi se sentía sucumbir su refugio era acudir presurosa ante Jesús Sacramentado. En una de estas ocasiones el Señor la confortó sobremanera al decirle: “Quiero que seas un dechado de perfección a trueque de la vida”.

Para lo que no tenía que vencer ninguna resistencia era para estar horas y horas en el Coro “Mis encantos y delicias están en poderle hacer compañía de día y de noche... si me fuera posible no saldría del coro, ni comería, ni bebería, ni dormiría; se me olvida que soy mortal... No quisiera, Padre mío, más que no tener otra ocupación que estar a los santísimos pies de Jesús Sacramentado y hacer que lo estuviera todo el mundo.” Esta oración no se interrumpía por su trabajo como ella misma afirma “cuando llega la hora de irme al oficio de obediencia tengo que hacerme mucha violencia y decirme: ¡Ea! Ahora vas a ser Marta. ¡A arreglar las cosas para el Maestro! U otras reflexiones parecidas, como si barro, es la casa de Nazaret; si traigo el cargo y leñas, lo mismo; y en cada obra le digo a Dios: ‘Señor hoy empiezo a servir y cada respiración deseo se multiplique

en millones de actos de amor'; además no quiero que pase día que no haya hecho cien actos de amor por medio de jaculatorias y afectos a Dios."

Ella se dió generosamente y Dios no se dejó vencer en generosidad, muchas fueron las gracias sobrenaturales con las que se vio beneficiada: don de lágrimas ("después de la Sagrada Comunión me llena de consuelos tan grandes, con tanta dulzura y suavidad que quedo como si mis ojos fueran dos fuentes de agua, incapaz de poderlos contener"), hablas interiores tanto para confortarla como para prevenir lo venidero, manifestarle el estado de algunas conciencias o instruirla en los grandes misterios de nuestra salvación: "cuando me parece que está ya todo perdido por mis muchos pecados, me anima una voz interior de esta manera: '¿cómo haces caso de lo que tu conciencia no te culpa? ¡Animo y fortaleza que no estás sola en esta lucha!'"... "Preparate para entrar en una gran tempestad no solo del infierno, sino de la tierra, y con más trabajo y rotura que el más desdichado mendigo. Esto te lo digo para que no desmayes. Pon tu esperanza en tu P. Diego aunque por fuerza te quieran quitar, porque entonces estarás perdida"... En una ocasión su prima Isabel Valiente enfermó a tal punto que ya la dieron por muerta y avisaron incluso al Monasterio anunciando su fallecimiento, al disponer la priora a las hermanas para rezar por la difunta, Asunción dijo sin vacilación: "No, Madre, no haga nada, mi prima Isabel no ha muerto, ni morirá de esta enfermedad" así fue, despertó Isabel con la mortaja puesta y murió muchos años después. Su oración llegó pronto a unión extática, teniendo sus mejores revelaciones ante Jesús Eucaristía, eran frecuentes las apariciones de la Virgen, San Agustín, su ángel custodio, San Nicolás de Tolentino y otros santos de la Orden, pero todas estas gracias no hacían más que acrecentar su humildad, "es tanta la bondad y misericordia de Dios para con esta ruin y miserable pecadora que por un nada que hago por su amor, me da tanto consuelo que no se puede comparar con nada de este mundo".

Pero no todo fueron consuelos también fue dura su noche oscura "mientras más grandes son los consuelos más grandes son las sugerencias del tentador con toda clase de tentaciones... Antes iba al coro y de allí salía consolada; pero ahora van para quince días que, si no todas las veces, son más las que no tengo consuelo ninguno, al contrario, ni siquiera estoy recogida, nada más que con fuertes tentaciones de soberbia, las que al cabo de más de un mes están tan violentas... me hallo muy combatida del sueño que muchas veces me vence a pesar de todas las diligencias que uso de apretar más y más los cilicios y estar de rodillas sin apoyarme en parte alguna. En fin, nada más que perdiendo el tiempo y ofendiendo a Nuestro Señor Jesucristo". No solo fueron sus luchas contra la tentación y la sequedad, el mismo demonio tomaba parte bien activa para tratar de turbarla y disuadirla de sus prácticas "El demonio me da muchas guerra con que estoy dejada de la mano de Dios y de Vuestra Reverencia... el enemigo más fuerte me decía: ¿de qué te sirven ahora tantas penitencias, ayunos y vigiliyas, si todo lo has perdido? Más vale que no hagas lo que estás haciendo, haz lo que hacen todas. Come, bebe y duerme y así irás al cielo mejor, porque animarás más a las demás y no ahora que las tienes inquietas y escandalizadas con esas penitencias, nada más que extravagancias". Dado que únicamente el P. Valencina la entendía y animaba el demonio trató por todos los medios de quitar su confianza en él "Padre mío, el enemigo me da continuos asaltos contra todo lo que V. R. manda y ordena diciéndome que como V.R. supiera quién soy no me había de decir hiciera lo poco que hago, porque soy un tizón preparado para el infierno. A lo que le digo: calla miserable que yo si he sido y soy miserable espero en la misericordia de Dios. Y de ese modo me deja por ese lado, y me toma por otro de hacer mucho ruido para espantarme y desviarme de la oración cuando estoy sola en el coro por la noche". Este acudía a todos los recursos de su malicia: ruidos y grandes alborotos, golpes y malos tratos. "El maldito enemigo en seguida que empiezo la disciplina arma unos ruidos tan grandes que he tenido que parar para ver lo que sonaba. Y de que la dejo se calla el ruido, y entonces le digo: 'pues ahora más fuerte para que rabies' Y me tira de las disciplinas que van a dar al suelo. Y estoy acobardada sin saber lo que me sucede... Me arma cada día una lucha tremenda, no solo con representaciones y estruendos, que hasta las monjas están atemorizadas, porque dicen que qué será lo que anda por casa... cuando estoy en la oración de comunidad me tienta con fuertes tentaciones y como no le hago caso me da un fuerte golpe en las espaldas que me hace caer para adelante, esto a vista de todas las monjas que me hace sufrir mucho y cuando estoy sola por la noche me hace lo mismo y me hace caer el libro que tengo en las manos hasta casi desencuadernarlo." Sus mismas hermanas atestiguan "Por el día de N. P. San Agustín amaneció Sor Asunción con un carrillo quemado. Ella procuraba taparse con la toca, pero las monjas lo notamos y le preguntábamos, ella se hacía la desentendida y no decía nada."

Sin embargo su prueba más dolorosa fue la "lucha casera", la contradicción de los buenos. Tras su repentino cambio de vida el primero que manifestó contradicción fue el confesor de la Comunidad, a éste se unió el

médico de cabecera que se empeñaba en demostrar a las hermanas que Sor Asunción era una histórica perdida por su “testarudez” en seguir su vida penitente. Este médico reunía a las hermanas en el locutorio y les leía libros de medicina donde aparecían “las pruebas” que según él avalaban su opinión. Esto provocaba que algunas de sus hermanas, confiadas en la palabra del confesor y el médico tomaran como cosa de conciencia y deber de caridad el tratar por todos los medios de disuadir a Sor Asunción de su nueva vida, creyéndola incluso víctima de una ilusión diabólica. Siempre que se terciaba la ocasión recurrían a la intervención de los sacerdotes que creían podían influir en el ánimo de Sor Asunción.

Las exigencias del amor fueron creciendo, primero fue la súplica del Señor de que no le dejara durante la noche “Amada mía, ¿hasta cuando no me has de obedecer en pedir te den licencia para estar todas las noches conmigo que tan abandonado estoy?... así lo hizo y consiguió los permisos que le parecían imposibles de conquistar el de su director y el de la priora, para permanecer todas las noches ante el Sagrario dedicando solo dos horas al descanso, que aceptó su misma Priora dedicarlas ella para que no quedara sólo el Señor y descansara ella tranquila, ésto la animó a tratar de avivar más aún en sus hermanas el fervor eucarístico y así se fue insinuando ingeniosamente con éxito para interesarlas en varias obras de reparación y penitencia, surgiendo así también la iniciativa del “día feliz” que aún hoy se mantiene “Padre mío,... viendo cómo está el mundo tan olvidado de Dios y de sus mandamientos y por lo mismo tan injuriado Jesús en el Santísimo Sacramento he reunido un coro de siete religiosas con el fin de que cada una ocupe un día de la semana en desagravio de los ultrajes cometidos contra el Santísimo Sacramento. Consiste en un día de mucho silencio, recogimiento y mortificaciones”.

Una segunda conquista fue el iniciar al Monasterio en la práctica de la Comunión diaria, cosa entonces inusual. De nuevo fue el Señor quien la empujó a que fuera ella la primera “‘Hija mía, recíbeme todos los días sacramentado’ y yo sabiendo lo que soy le contesté: ‘yo no me resuelvo a manifestárselo a mi Padre espiritual ¿qué dirá de tal proposición sabiendo lo ruin y mala que soy?’ Entonces prosiguió diciendo que por lo mismo que soy pecadora lo necesito más” Consiguió el permiso de su director, pero el de la priora costó lo suyo, era algo muy fuera de la costumbre del Monasterio y las normas del Obispo; que precisaba molestar todos los días al capellán (tenía que venir a dársela fuera de la Misa) y a la organista (debía tocar mientras se daba la comunión) al mismo tiempo que llamaba la atención de la gente. Y lo pedía la última de las legas... La contradicción que se levantó fue muy grande, hubo que escribir al Obispo y éste mismo se personó en el convento para recriminar a Sor Asunción, sin embargo el mismo Prelado había dado autoridad al P. Valencina para dar permisos con libertad en esta materia, por lo que pudo seguir adelante en su propósito. Entonces fueron sus hermanas las que descargaron su tormenta tachándola de no buscar más que singularidades y disturbios en la casa, a esto se unió el capellán que venía a darle la comunión en las horas más impropias por tratar de que se cansara. Según el P. Valencina ésta fue la prueba en la que más sufrió, sólo él la apoyó en todo momento y animó a seguir adelante. Pero poco a poco no sólo tuvo el descanso de ver desaparecer la oposición sino la inmensa alegría de verse imitada hasta el punto de llegar a comulgar diariamente toda la Comunidad.

Junto a su devoción eucarística destaca en Sor Asunción su amor a la Pasión del Señor. Diariamente realizaba el ejercicio del Vía Crucis, el cual le solía durar hora y media. El Señor la solía regalar en esta práctica con revelaciones que le manifestaban tanto el dolor como el amor del Salvador durante su pasión. También era tema frecuente en su meditación, el pedir humildemente ser asociada a los dolores físicos y a las angustias íntimas de la Pasión del Señor favor que consiguió por primera vez la Semana Santa del 1899. A lo que se unió el don de los estigmas, como a Sta. Catalina, sin que se revelasen en lo exterior las llagas. El 16 de Febrero de 1900, durante la noche en el ejercicio del Vía Crucis recibió el dolor de la lanzada del Corazón de N. Señor quedando el suyo transverberado al tiempo que quedaba con “una dulzura que no se puede comparar con nada de este mundo, porque no le iguala, como que si entonces me quitaran la vida a fuerza de tormentos cruelísimos, me parece que no los sentiría nada”.

A estas devociones hay que añadir su continua invocación y confianza en María. Eran frecuentes las apariciones de la Señora y su protección cuando más arreciaba el tentador “Dios permite la furia del demonio pero antes me prepara con singulares favores, como lo hizo el 15 de agosto llevándome en espíritu durante las vísperas al cielo y hacerme ver cómo fue el tránsito, asunción y coronación de la Santísima Virgen, produciendo en mi tal arrobamiento que toda me convertía en arroyos de lágrimas y casi sin sentido en el coro, delante de la comunidad, que a mi me da mucha pena que me pase esto delante de nadie”. Tras su devoción mariana seguía

la que tenía a San José a quien visitaba diariamente y mensualmente rezaba su novena dándole culto el 19 de cada mes. Luego San Agustín de quien también gozó de muchas apariciones “El 28 de Agosto de 1900 día de mi Santo P. San Agustín, me llevó a sus santos pies y vi la gloria que gozaba él y todos los santos de su Orden, y me convidaban a que me quedara con ellos y yo de mi voluntad lo deseaba, pero como soy tan mala y ruin pecadora, me queda mucho que sufrir antes de gozar de tanta dicha”. Los santos de la Orden, especialmente San Nicolás de Tolentino, Santa Clara de Montefalco y Santa Rita de Casia eran objeto de su predilección, pero muchos fueron los santos a los que recurría así como a los santos ángeles y las almas del purgatorio.

Poco a poco fue ejerciendo una influencia benéfica en toda la Comunidad, ya vimos cómo fue seguida su práctica de la Comunión diaria, también así fue extendiéndose la práctica del Vía crucis, la vela nocturna, los ayunos y las austeridades “Padre mío, las que antes me hacían merecer algo, ahora me consideran, muchas imitando los viernes el ayuno a pan y agua, y otras las mortificaciones y otras la frecuencia en el coro, ya no puedo hacer todos los ejercicios que hacía en el coro, porque las monjas me están acompañando en casi todas las horas de la noche”. Ella misma se las ingeniaba para insinuarse en el ánimo de sus hermanas en fechas señaladas como los carnavales o en necesidades especiales de la Iglesia o de la nación.

Los dos últimos años de su vida parecía un milagro andante, anemia y tuberculosis la iban minando, parecía una muerta en pie, la tos no la dejaba un momento, la fatiga era cada día mayor, la que solo se aliviaba con cáusticos e inyecciones, según testimonian sus hermanas, pero en modo alguno aminoraba en sus propósitos y prácticas, hasta que cuatro meses antes de su muerte ya no pudo sostenerse en pie y fue recluida en su celda. El pensamiento de la muerte le era descanso y a la vez ansia “Mucho la deseo para gozar y amar a Dios con todas las fuerzas sin miedo de perderle... Pero no se haga mi voluntad sino la vuestra, si queréis que sufra, sufrir quiero yo; y si quieres que sea menospreciada, eso quiero yo. En fin, en vida y en muerte sea yo vuestra, de lo demás nada me apura... Cada día estoy más contenta, porque me parece que cada vez estoy más próxima a que se rompan estas mortales ligaduras.” Su situación se iba agravando a pasos agigantados: la tos pertinaz, ahogos angustiosos, postración física, mil complicaciones de aquel cuerpo raquítico que la ponían en imposibilidad casi total de hablar. Todas sus hermanas afirman que era un espectáculo verla sufrir siempre serena y alegre. Dado que para escribir a su director se tenía que valer de secretaria, no sabemos de sus últimas luchas y sentimientos, unas pocas letras dejan traslucir un poco de este misterio “Deseo morir de dolor para desaguarle. Deseo ofrecerme a Dios como una víctima de holocausto, ofrézcame a Dios.”

El 20 de Junio recibía por última vez los Santos Sacramentos con grandísima dificultad pero con visible devoción. Su muerte fue como su vida: serena, silenciosa, cuando toda la comunidad dormía y sólo las enfermeras velaban a su lado, el 23 de Junio de 1901, a las cuatro de la madrugada, sentada en la cama, hizo ademán de incorporarse y en brazos de las enfermeras expiró, sin ninguna violencia, dulcemente.

Asistía en aquella mañana a la Misa diaria de Montanchez la madre de Sor Asunción, cuando se le acercó Doña Mercedes Lozano a preguntarle ¿Cómo sigue tu hija? Con gran sorpresa escuchó la respuesta que con toda serenidad le daba María Antonia: “Ha muerto, esta mañana se me ha aparecido muy hermosa.” Estaba orando el P. Valencina en Sevilla a la hora del alba cuando vio ante sí a Sor Asunción con gran resplandor, la cual le dijo con la sonrisa en los labios: “¡Adiós! Me voy al cielo.”